

*Un Principio de la Misión
Compartida:
La Acción del Espíritu Santo
en el Evangelio de Lucas*

Juan Bautista Flórez C.M.F.

Solo con la fuerza que el Espíritu nos comunica y con la cual nos santifica y nos consagra para la misión nos convertimos en anunciadores de la salvación a todo el mundo, porque con la fuerza del Espíritu anunciaremos, con la vida, en comunidad, «con otros» y en «Misión Compartida» la resurrección de Cristo y el «camino» que él ha trazado.

La expresión «**MISION COMPARTIDA**», que se ha definido últimamente como una característica esencial para el qué-hacer misionero del cristiano se puede definir como una condición carismática en la vida de la iglesia y es muy rica en contenidos. Como todo lo que viene del Espíritu, no se puede definir de una manera precisa. Este será un pequeño intento de búsqueda del origen de esta manera de trabajar en la Iglesia. El punto de partida será el Evangelio de Lucas y lo que él transmite de la acción del Espíritu Santo. Hay que ir un poco más allá y sacar las consecuencias para esta manera de hacer misión hoy, para este «hacer con otros» sin olvidar el origen y el dinamismo que mueve todo este compromiso cristiano.

El Espíritu Santo es un personaje muy presente en toda la obra de Lucas, en el Evangelio y sobre todo en los Hechos de los Apóstoles. Dinámico y fecundo, actúa en algunos testigos dóciles a Aquel que suscita en ellos la profecía, cubre a María como una sombra, es el don de los dones (Lc 11, 13 = Mt 7,12) que el Padre en el nombre de Jesús da a sus hijos y en modo particular está en Jesús, el Profeta de los últimos tiempos, el Mesías que predica la venida del Reino, el Salvador que con su muerte y resurrección cumple el diseño de salvación del Padre, el Señor resucitado que envía su Espíritu a los discípulos y los hace testigos y anunciadores de la salvación para todos los pueblos de la tierra.

En esta reflexión nos limitaremos al Evangelio de Lucas, dejamos de lado los Hechos de los Apóstoles. Ya que Lucas usa el término «espíritu» en diversos sentidos, trataremos de ver primero el uso lucano del término y después daremos una mirada a la teología que se deduce: la acción del Espíritu Santo en la historia de la salvación, en la misión de Jesús, y en la misión de la Iglesia.

1) EL TÉRMINO «ESPÍRITU» EN EL EVANGELIO DE LUCAS

Para nosotros occidentales, dominados por algunas categorías filosóficas greco romanas, la comprensión del término bíblico «espíritu» no es fácil. De hecho, en nuestra concepción del mundo y sobre todo del hombre (ser humano), el «espíritu» se opone a la «materia» y pertenece a la esfera de lo trascendente, inmaterial e invisible. La Biblia no tiene esta orientación: Dios crea la materia con un «soplar su espíritu», y para indicar el «espíritu» usa un término muy concreto «*ruah*», en hebreo o «*Pneuma*», en la versión de la LXX que indica el aliento, el viento, la fuerza elemental de la naturaleza y de la vida. En tal sentido, el Espíritu es la potencia, origen de la vida, presencia eficaz, libre y dinámica que con su soplo genera la vida. En tal sentido, todo está investido del «espíritu» y Dios no es «espíritu», sino el poseedor del «espíritu», Aquel que lo posee de manera única y lo comunica a

todas las criaturas haciéndolas vivas y dinámicas.

a) Estadísticas del término «espíritu»

Lucas no solo comparte este sentido general, sino que hace un uso abundante del término «espíritu»: 36 veces en el Evangelio y 70 en los Hechos de los Apóstoles; un segundo puesto después de las cartas paulinas: 146 veces, y muy por delante de otros escritores neotestamentarios: Mateo 19 veces; Marcos 23; Juan 24; y lo aplica a diversas entidades personales.

b) Sentido demonológico del término «espíritu»

En algunos pasajes (12 veces en 9 pericopas) lo usa para indicar los «espíritus inmundos», o las posesiones demoniacas de los enfermos. Este uso no es sólo lucano, incluso, parece que Lucas lo ha recibido de la tradición: 6 veces en paralelos marcanos, como en el relato del endemoniado de Cafarnaum (Lc 4,33 37 = Mc 1,23-28), el de Geraza (Lc 8,26 39 = Mc 5,1 20 = Mt 8,28-34), el del jovencito lunático (Lc 9,37 43 = Mc 9,14,27 = Mt 17,14 18), en el resumen que introduce el «discurso del sitio llano» (Lc 6,17 19 = Mc 3,7 12 = Mt 4,23 25); 3 veces en paralelismo solamente con Mateo, como en la respuesta que Jesús da a los discípulos de Juan: él es «el que tenía que venir», porque cura, no sólo de las enfermedades, sino también de los influjos negativos de los «espíritus in-

mundos» (Lc 8,18 22 = Mt 11,2 6), o en la polémica que Jesús instaura con los fariseos después de haber hechado un «demonio mudo» (Lc 11,14 26); en tres casos, en cambio, Lucas se sirve de fuentes propias: en el pasaje que habla de las mujeres que siguen a Jesús (Lc 8,1 3), en el relato del regreso de los setenta discípulos (Lc 10, 17 20) y en la curación de la mujer encorvada (Lc 13,10 13). No entramos en la interpretación de todos estos textos, pero brevemente podemos decir que Lucas presenta el término «espíritu» con una connotación negativa: se identifica con los «demonios» y por esto es «impuro y malo» y ejerce un influjo destructivo sobre las personas privándolas de su fuerza vital, de su salud física y mental y, sobre todo, de su libertad de pensar y querer. Y aunque se diga que ésta es una persona que «tiene un espíritu inmundo», de hecho es el demonio quien la posee. El sentido general del término no ha cambiado: el «espíritu» conserva una fuerza, que obra el mal en el hombre a través de la malicia de Satanás.

c) Sentido antropológico del término «espíritu»

En otros pasajes el término «espíritu» viene usado en sentido antropológico para indicar: a) la fuerza vital del hombre, como en el relato de la resurrección de la hija de Jairo (Lc 8,40-42.49 56) o en las palabras de Jesús en la cruz: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46) o en las apari-



ciones de Jesús a los discípulos, que creen haber visto solo una «imagen incorpórea de Jesús» (Lc 24,37-39); b) el «espíritu humano» como en el *Magnificat*: «Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se estremece de gozo en el Dios mi salvador» (1,46-47); después, también en Lc 1,80, en el que se dice, según un esquema veterotestamentario bien preciso (cfr Jue 13,24), que Juan el Bautista «crecía y se fortalecía en el espíritu», es decir en su persona investida por Espíritu de Dios que lo habilitaba cada día más para la misión de precursor; c) el espíritu profético, Juan el Bautista «irá delante del Señor con el Espíritu y la fuerza de Elías» (Lc 1,17), es decir, cumplirá la misión de «preparar el camino del Señor» con la misma fuerza profética de la que fue investido el profeta Elías. También, en estos casos, el sentido general del término es el de una «fuerza vital» que obra en lo más íntimo

de la persona, hace vibrar todo su ser, lo anima y habilita para una misión.

d) Sentido teológico del término «espíritu»

Pero el uso más significativo y predominante en la obra lucana es ciertamente aquel teológico, con el que Lucas indica la Tercera Persona de la Trinidad: 13 veces lo llama «Espíritu Santo», 1 vez el «Espíritu del Señor», 3 veces «el Espíritu» sin alguna determinación y con el artículo, es decir, el Espíritu por excelencia, del que todo otro «espíritu» proviene y del que es expresión; y finalmente 1 vez es llamado «potencia del Altísimo» y otra «potencia de lo alto». Tampoco acá el sentido cambia, aunque el término «espíritu» asume una dimensión ontológico existencial que supera lo humano y nos proyecta hacia una fuerza divina y personal, la potencia misma de Dios, la fuente de la vida, la presencia eficaz, libre y dinámica de Dios que con su sopro genera la vida.

2) ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

En el Evangelio de Lucas tal potencia es actuante en la historia de la salvación: suscita y produce algo en sus testigos haciéndolos profetas de Dios, anunciadores de sus maravillas; en Juan el Bautista invistiéndolo desde el seno de su madre precursor del Señor para prepararle un pueblo bien dispues-

to, en María santificándola y consagrándola como arca de la nueva alianza, y sobre todo en Jesús, testimoniando su misión mesiánica redentora, y en la Iglesia haciéndola sacramento visible de la potencia santificadora de Dios. Todo el Evangelio está bajo la acción santa y santificadora del Espíritu.

a) El Espíritu Santo suscita testigos

Así Lucas, en su perspectiva de la historia de la salvación, nos presenta desde el inicio del Evangelio el Espíritu Santo en acción. Es El quien poco a poco, mientras el evento central de la historia de la salvación se acerca a su cumplimiento, suscita e inflama numerosos testigos cualificados. Isabel y Zacarías, que «lentos del Espíritu Santo» proclaman proféticamente las maravillas del Altísimo: la primera, reconociendo en María la Madre del Señor, la proclama bienaventurada por su fe (Lc 1,43 45) y el segundo, exultando en el canto de júbilo del *Benedictus*, anuncia la llegada de la salvación en Jesús, «el sol que nace de lo alto, para iluminar a aquellos que yacen /están en las tinieblas y en sombra de muerte y guiar nuestros pasos por los caminos de la paz» (Lc 1,68 79). El Espíritu está» sobre Simeón», le avisa y lo lleva al Templo para la cita decisiva de su vida, para el encuentro tan suspirado con el Mesías Salvador y para proclamar a Jesús con la característica profética «salvación preparada por Dios», «luz para alumbrar a las

gentes y gloria de Israel» (2,32); y finalmente, Ana la profetiza, movida por el mismo Espíritu, se asocia al coro de los primeros cantores del cumplimiento mesiánico, «dando gracias a Dios y hablando de Jesús a todos aquellos que esperaban la liberación de Jerusalén» (Lc 2,36 38). La conclusión se impone: en los primeros dos capítulos, es decir, en el «Evangelio de la infancia», el Espíritu Santo está en un primer plano, es el que continúa la acción profética del AT y prepara la llegada de la nueva alianza a través de las figuras emblemáticas que preanuncian el evento central del diseño salvífico de Dios, la venida de Jesús.

b) Juan el Bautista, «profeta del Espíritu»

El testimonio profético preparatorio llega a su cúlmen en la figura de Juan el Bautista, cuya vocación es anunciada a la luz de Is 40,33: «Voz de uno que grita en el desierto: preparen el camino del Señor» (Lc 3,3 6). El, a causa de esta vocación excepcional, será como Jeremías (Jer. 1,5) «lento del Espíritu Santo desde el seno de su madre (Lc 1, 15) y con esto «constituido profeta de las naciones», hasta llegar a reconocer, en su momento, la venida del Señor y más tarde, comunicar al pueblo de Dios «el conocimiento de la salvación con [el] perdón de sus pecados» (Lc 1,77). Precisamente por esto su predicación comienza con la invitación a la conversión y al bautismo, preliminar y en estrecha co-

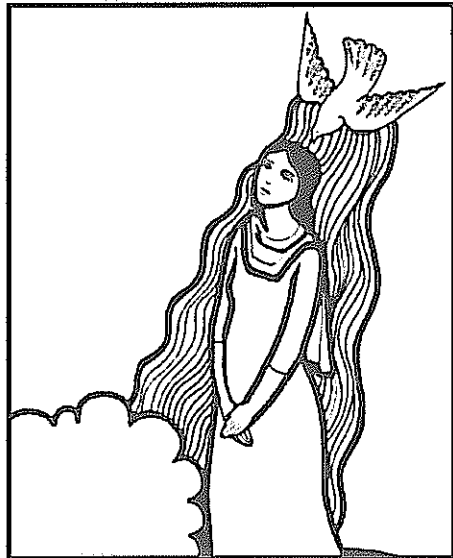
nexión con el futuro bautismo del Mesías que «bautizará con Espíritu Santo y fuego». ¿Dos bautismos?. No, sino dos fases diversas del único bautismo que, según las antiguas profecías de Ez 36,25 27 y de Jer 31,31 33, creará una nueva alianza del pueblo con Dios, lo purificará con la penitencia y lo santificará con la potencia de su Espíritu Santo. Es decir, continuidad entre Juan y Jesús en la potencia del único Espíritu que los anima. Aunque con diversidad de acentos, en ambos la historia de la salvación ha entrado en una nueva fase: la de la gracia que obra en el corazón del hombre a través del Espíritu Santo que mueve a la conversión y hace posible la Encarnación del Hijo de Dios, el Salvador del mundo.

c) María, «disponible» al Espíritu

Y esto sucede cuando el Espíritu desciende sobre María, extiende su sombra sobre ella, la hace «arca de la alianza», portadora de la «*shekinah*», la gloria de Dios, de su presencia entre los hombres, madre del *Emmanuel*. Pero en el Espíritu es Dios mismo quien obra en María y a través de ella en la historia de la humanidad infundiendo el dinamismo de su querer y de sus diseños salvíficos. Por medio de ella «Aquel que nacerá» manifestará la gloria de Dios y revelará, por la potencia del Espíritu, su presencia en medio de su pueblo. Aquí la función del Espíritu Santo no es la de habilitar a

alguno para una misión profética, sino que es la función existencial de la potencia creadora de Dios que interviene de manera directa y eficaz en el surgir de una nueva vida, de la vida de Aquel que en la misericordia de Dios ha sido establecido «salvador» de todos los pueblos. Con el «*fiat*» de María el Espíritu «ha descendido» sobre ella, ha entrado potentemente en su vida, en el amor ha hecho suyas todas las fuentes profundas de la existencia de la Virgen Santa, la ha hecho madre de Jesús, el Santo, el Hijo de Dios.

Las relaciones Espíritu Santo-María, no se agotan en Lucas con el mostrarnos el cumplimiento de las promesas mesiánicas, sino que quiere subrayar también la plena disponibilidad de María a la acción del Espíritu en ella. Su «*fiat*» es a la vez disposición para cumplir el diseño de Dios y gozoso abandono de fe (Lc 1,45) a las vías inescrutables del Espíritu. La fe, de



hecho, es el modo con el que María acoge el Espíritu, aquella alegría interior propia de quien se deja guiar por la acción de Dios: en la obediencia total al plan del Señor ella se hace «hija de Sión», en el abandono sin medidas a la acción del Espíritu ella se hace fecunda, madre del Salvador, arca de la presencia de Dios, anunciadora profética de las «maravillas de Dios», modelo siempre luminoso para cada creyente que en el Espíritu se ha hecho Hijo de Dios, Madre de la Iglesia (Lc 1,26-38). En María el Espíritu no solo anuncia la salvación, sino que la hace actual y ejemplo para todos aquellos que en la fe han puesto su propia vida bajo el signo y la acción del Espíritu.

3) ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN LA MISIÓN DE JESÚS

La relectura lucana de los orígenes de Jesús justifica y revela su dignidad mesiánica, prepara la investidura mesiánica de Jesús en el bautismo, la declaración programática de su misión en la sinagoga de Nazareth y el inicio de su lucha mesiánica contra Satanás en el episodio de las tentaciones en el desierto. Por lo tanto, el Evangelio de Lucas no pone solo el inicio de la existencia terrena de Jesús bajo la acción del Espíritu Santo, sino también el inicio de su misión y toda su vida pública: Jesús vive y actúa cual profeta y Mesías lleno de la presencia del Espíritu.

a) *Investidura mesiánica de Jesús*

Los tres eventos recordados el bautismo, el discurso en la sinagoga de Nazareth y la tentación de Jesús – forman según muchos estudiosos un tríptico proveniente de las tradiciones de la comunidad primitiva presinóptica y cada uno, de manera diversa tiene que ver con la investidura mesiánica: en el bautismo el Padre envía su Espíritu sobre Jesús consagrándolo Mesías y proclamándolo delante de todos: «Tu eres mi Hijo predilecto, en ti me agradé» (Lc 3, 21-22); en el discurso de Nazareth Jesús hace pública tal misión: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió» (Lc 4,18); en la tentación Jesús, el Mesías, es «conducido por el Espíritu al desierto» para afrontar a Satanás y ser tentado por él de diversas maneras, pero al final el diablo se aleja «hasta el tiempo» del encuentro final (Lc 4,143).

EN EL BAUTISMO

La escena del bautismo abre el tríptico: «Y mientras todo el pueblo fue bautizado cuando también se bautizó Jesús, mientras oraba, se abrió el cielo y descendió sobre él, el Espíritu Santo en forma corporal como una paloma, y sonó una voz desde el cielo: «Tu eres mi Hijo querido, en ti me agradé» (Lc 3,21-22). Examinemos el relato brevemente. Estamos, ciertamente, delante de un dato muy antiguo de la tradición eclesial, aunque Lucas le ha aportado al-

gunos elementos cristológicos evidentes, de tal manera que se enfoque todo el interés en la persona de Jesús. Así, en la reconstrucción lucana, a diferencia de la de Marcos y Mateo, ha desaparecido la figura del Bautista o por lo menos está en la sombra, es claro que la concentración cristológica quiere eliminar la posible impresión en el lector de una inferioridad del bautizado respecto al bautizador, de Jesús respecto a Juan. Se dice, muy atentamente que, «después que fue bautizado el pueblo, fue bautizado también Jesús»; otra concentración cristológica, la atención del lector es trasladada del pueblo a la figura de Jesús orando, «después cuando también se bautizó Jesús, mientras oraba», con esto Lucas introduce la idea de la relación de intimidad particular entre Jesús y el Padre, que llega a su cúlmen en la tercera concentración cristológica de la perícopa: el descendimiento del Espíritu sobre Jesús y la voz que revela su misteriosa identidad. Tal relación entre el Espíritu Santo y la voz de lo alto es muy significativa y tiene un valor teológico importante: la proclamación celeste de Jesús como Hijo de Dios hace explícita su dignidad mesiánica, sugerida por la efusión del Espíritu Santo sobre él. Así se explica todo el interés de Lucas por atenuar el rol histórico de Juan, al introducir escénicamente al pueblo como testigo del suceso y al acentuar el hecho de que el Espíritu Santo desciende sobre Jesús «en forma corporal como una

paloma». A través de estas puntualizaciones del texto Lucas subraya no solo que Jesús es el destinatario de la efusión mesiánica del Espíritu y de la relación celeste, sino también que tal suceso ha tenido como testigo a «todo el pueblo». En otras palabras, la consagración mesiánica de Jesús mediante el Espíritu Santo, expresa en la línea mesiánica real del Sal 2: «Tu eres mi Hijo, hoy te he engendrado», no es un hecho privado que involucra solo a Jesús, sino un hecho histórico, público y que involucra a todos aquellos que son llamados a través del bautismo a ser parte del pueblo de Dios.

EN LA TENTACIÓN

La relación entre Jesús y el Espíritu retorna y se desarrolla temáticamente a la luz de la teología del Exodo, particularmente de Ex 4,22 en el segundo cuadro del tríptico: la tentación de Jesús. «Y Jesús anota Lucas - lleno de Espíritu Santo, se alejó del Jordán y era conducido bajo la acción del Espíritu en el desierto por cuarenta días, para ser tentado por el diablo». Notemos inmediatamente la estrecha relación entre esta escena y la del bautismo: a diferencia de Marcos y Mateo, Lucas subraya que el Espíritu que conduce a Jesús por el desierto es el mismo que él ha recibido con abundancia en el bautismo y que revela delante de todos, su identidad de Hijo de Dios. Precisamente por esta dignidad suya de Hijo de Dios (Lc 4,39), en la teología parentética de Lucas, él viene sometido

a la prueba: se inaugura así la larga serie de confrontaciones entre Jesús y Satanás («después de haberlo tentado de muchos modos»), que tendrán su cúlmen en la pasión. Jesús responde a las sugerencias de Satanás con la palabra de Dios, porque en calidad de Mesías, esta animado por el mismo Espíritu que ha inspirado las Escrituras, verdadero pan que nos comunica la misma vida de Dios, nos abre al conocimiento del Reino que no tiene límites, nos da fuerza para abandonarnos a su voluntad, incluso cuando ella nos presenta la cruz. El camino de Dios, de hecho, nunca es sin sufrimientos ni conflictos: «No era necesario que el Cristo sufriera esto y entrara en su gloria?». Como para Jesús, el Mesías sufriente de Dios, también para nosotros, movidos en la fe por el Espíritu de Dios, la confrontación se transformará en segura victoria.

EN EL DISCURSO DE NAZARETH

El Exodo histórico de Jesús comienza en Galilea: «Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu» (Lc 4,14). Y es precisamente en la sinagoga de Nazareth donde la investidura mesiánica de Jesús encuentra su cumplimiento: Jesús, el Mesías proclamado por la voz celeste y consagrado por el Espíritu, traza, delante a sus compatriotas, a la luz del texto de Is. 61,1 2, las líneas programáticas de su misión: 1º) «Hoy», en la persona de Jesús, ungido por el Espíritu de Dios en la teofanía bautismal del Jordán,

la salvación prometida encuentra su cumplimiento; 2º) el don del Espíritu, después, lo habilita para la misión de evangelizar a los pobres, de proclamar la liberación a los prisioneros y a los opresores, de curar a los afligidos y de proclamar el año de gracia del Señor. En la teología lucana de la historia de la salvación, el discurso de Nazareth asume así una importancia decisiva: viene proclamado que en Jesús, por la potencia vivificante del Espíritu, el «hoy de Dios» ya irrumpió en la historia de la humanidad, las esperas mesiánicas han encontrado su cumplimiento, el año de gracia del Señor ha comenzado, la salvación está ya en acto, el Reino de Dios está ya en medio de su pueblo y es ofrecido a todos los que lo aceptan, no obstante sus aflicciones y condicionamientos humanos. La teología lucana, entonces, no se limita al solo aspecto soteriológico del episodio, sino que acentúa fuertemente, también, el aspecto kerigmático universalístico: la misión soteriológica y liberadora de Jesús, colocándose en la gran línea profética de Elías y Eliséo, supera los límites angostos de Israel y del judaísmo y se abre a todos los pueblos, porque la salvación de Dios «hoy» es ofrecida a todos los hombres y mujeres pobres y oprimidos por el diablo, pero que en la fe aceptan a Jesús como el Profeta definitivo, el Mesías ungido por el Espíritu Santo, el Liberador, el Salvador, el Hijo de Dios enviado para la salvación de todos los hombres y mujeres de todo el mundo.

b) Predicación de Jesús: «con la potencia del Espíritu»

Pero no solo la investidura mesiánica, sino toda la predicación de Jesús es puesta explícitamente bajo el signo del Espíritu Santo. De hecho, no se dice solamente: «Y Jesús retornó con la potencia del Espíritu a Galilea», sino que se agrega: «... y enseñaba en sus sinagogas» (Lc 4,14). Se establece así un nexo muy estrecho entre el Espíritu Santo y el ministerio mesiánico de Jesús, ministerio de la palabra y de la actividad taumatúrgica. Inmediatamente después de la decisión de Jesús de encaminarse hacia Jerusalén (Lc 9,5 l), Lucas agrega el episodio del envío de los 72 discípulos y de su primera experiencia misionera y lo concluye con el himno de alabanza al Padre por la grandeza de la salvación mesiánica revelada a los pequeños (10,21-22). Este texto, en la tradición sinóptica, revisite una gran importancia, en cuanto saca a la luz la conciencia mesiánica de Jesús, su estrecha relación con el Padre, la naturaleza del mesianismo y el cumplimiento de la espera, pero sobre todo, como todas estas realidades salvíficas, se realizan «en el Espíritu Santo»: «En aquel mismo instante Jesús exultó en el Espíritu Santo y dice: Te alabo, Padre ...» La anotación lucana es preciosa: 1°) porque Jesús mismo establece una estrecha relación entre el Espíritu Santo y la misión universal de los 72 discípulos: es en su potencia que el Evangelio será

predicado a todos los pueblos; 2°) porque donde el Espíritu obra, Satanás es derrotado, el plan de salvación prospera, explota la alegría y el canto de los tiempos mesiánicos, expresión profética y fecunda de la misericordia del Padre a favor de los pequeños, de los humildes y de los oprimidos (1,47.67).

En el mismo sentido se entiende el texto de Lc 12, 10 sobre la «blasfemia contra el Espíritu» y aquel de la promesa de la asistencia del Espíritu en el momento de la persecución. También aquí es importante notar el contexto: Lucas, a diferencia de Marcos y Mateo, que establecen una estrecha relación entre la actividad taumatúrgica exorcística de Jesús en la potencia del Espíritu y el dicho sobre la «blasfemia contra el Espíritu» (Mc 3,22-30; Mt 12,24-32), no solo une los exorcismos con la actividad del Espíritu, en cuanto lo expresa con el lenguaje bíblico veterotestamentario de Ex 8,15 el «dedo de Dios», sino sobre todo habla de la «blasfemia contra el Espíritu» en el contexto del testimonio que el discípulo debe dar en su «camino detrás de Jesús hacia Jerusalén». A lo largo de este camino es posible, por la condición humilde de Jesús, equivocarse acerca de la misión mesiánica, pero rechazar obstinadamente el testimonio del Espíritu sobre él y sobre su misión es una verdadera «blasfemia», es un acto de incredulidad que cierra toda posibilidad de salvación. Solo la fe, suscitada en nosotros

por el Espíritu de Dios, abre al hombre a la aceptación del misterio de Jesús y por lo mismo a la salvación establecida por Dios. Y aunque cuando esta fe nos impone una testimonianza dura y dolorosa, precisamente el Espíritu se convierte en una fuerza para el cristiano y ninguna amenaza de los hombres y de sus tribunales les puede dar miedo, porque el Espíritu se convierte en su «Paráclito», el abogado que estará cerca a él y le dirá lo que deberá decir y hacer; aún más: en la potencia del Espíritu de Jesús, recibirán «una boca y una sabiduría a la que todos sus adversarios no podrán ni resistir ni contradecir» (Lc 21,15).

c) Jesús resucitado da el Espíritu a sus discípulos

La promesa de Jesús se basa en una certeza que Lucas, a diferencia de Mt 7,11, expresa con una variante muy significativa para nuestro tema: «Si ustedes, siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quien se lo pida». Mateo asegura que Dios, a quien ora con perseverancia e insistencia, concederá generosamente «toda cosa buena». Para Lucas «la cosa buena» es el Espíritu Santo, el don celestial en virtud del cual Jesús realiza en la vida de sus discípulos el plan de salvación del Padre, los transforma con la conversión del corazón y de las mentes (cfr Lc 24,) y los guía a la comprensión profun-

da de la voluntad del Padre y del actuar de cara al Reino. De tal manera la promesa de Jesús no tiene nada de automático, sino que a través de la oración humilde y perseverante se injerta en la historia de la salvación, que lleva la impronta de la presencia del Espíritu Santo, que, como ha obrado en la vida de Jesús, continuará obrando también en la vida de los discípulos.

Esto se dice explícitamente en Lc 24,49: «Y miren, yo envío sobre ustedes la promesa de mi Padre; ustedes quédense quietos en la ciudad hasta que se revistan de fortaleza [venida] de lo alto». Es el último texto del Evangelio sobre el Espíritu Santo, pero es un texto que por una parte cierra la aventura terrena de Jesús, y por otra abre la historia de la Iglesia, que en la fuerza del Espíritu Santo continuará la obra de Jesús, anunciará y llevará a todas las naciones la salvación de Dios. Esto sucede con la potencia del Resucitado glorificado y subido al Padre, siempre presente entre los suyos por la fuerza de su Espíritu: «Yo mando sobre ustedes el don prometido por el Padre». Los Apóstoles deben esperar en Jerusalén, el lugar hacia el que el Espíritu ha conducido incesantemente a Jesús para cumplir el plan del Padre y desde el cual el mismo Espíritu Santo, invistiendo a los Apóstoles, los conducirá para difundir la salvación por todo el mundo y todos con su fuerza transformadora podrán ser salvados.

4) ACCIÓN DEL ESPÍRITU EN LA IGLESIA

El Evangelio de Lucas apenas menciona la acción que el Espíritu Santo efectúa en la Iglesia, casi como un preludio a todo el desarrollo más sistemático y profundo que se encuentra en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Tal mención es vital para la vida y la misión de la Iglesia y amerita una breve reflexión:

a) «Hasta que se revistan de fortaleza [venida] de lo alto»

En primer lugar, Lucas subraya que la era de la Iglesia surge con la efusión de la «potencia de lo alto». Como se había iniciado la misión de Jesús con la consagración del Espíritu en la teofanía bautismal, así también la Iglesia es investida desde el principio de su existencia con la efusión del Espíritu Santo. El alma la Iglesia y la conduce de la mano en la realización del plan salvífico del Padre a favor de todos los seres humanos. El Espíritu Santo, de hecho, es el alma que vivifica y mueve la comunidad cristiana, la fuerza dinámica y vital que da vigor, empuja y orienta al pueblo de Dios para que sea testigo del Señor resucitado. Sin el Espíritu Santo la Iglesia sería una organización común, pero con la fuerza del Espíritu ella recibe una fuerza de lo alto que le confiere una dimensión que supera los límites de lo humano y la reviste de la autoridad que transmite la



salvación de Dios mismo. Con esta potencia, ella combate el mal en sí misma y en el mundo, donde sea que el poder de Satanás quiera destruir la obra salvífica de Cristo; llena de la fuerza del Espíritu, ella produce todos los bienes necesarios para los pobres, los enfermos y los oprimidos de la tierra, haciendo los milagros del amor; con la fuerza santificadora del mismo Espíritu, ella produce los «santos», los amigos de Dios, profetas y testigos de un mundo renovado por la muerte y resurrección de Cristo para gloria del Padre.

b) Testigos de la salvación

De esto se deduce una segunda consideración del texto: «Ustedes

serán testigos de estas cosas». El Espíritu Santo de hecho, siendo fuerza dinámica, baja de lo alto para hacer que los discípulos sean testigos. El es el motor que mueve la comunidad cristiana y el cristiano. El trabaja al interno de la comunidad y en lo íntimo de cada miembro del pueblo de Dios, moviendo a una continua renovación y a la santificación. Pero recordemos que en la teología de Lucas no existe santidad privada, siempre debe estar en función de la historia de la salvación: el don del Espíritu nos es dado con miras a nuestro trabajo en el mundo para anunciar el Reino de Dios y difundirlo entre la gente con la fuerza del Espíritu. Por esto la verdadera santidad es ser testigos de Cristo, realizar, conducidos por el Espíritu, el mismo servicio de Cristo a la humanidad: servicio de transformación del mundo a través del compartir que se encarna en las situaciones de pobreza y de opresión, a través del perdón generoso a imitación de Cristo que busca en nombre de Dios la oveja perdida, y finalmente a través del amor que, en el sacrificio de sí mismos, a imitación de Cristo, admite en la familia de Dios los hijos que en la conversión han retornado a la casa del Padre.

c) Conclusión: anunciadores de la salvación a todo el mundo

De estas reflexiones resulta evidente la importancia de la función de guía que tiene el Espíritu. Solo con la fuerza que el Espíritu nos comu-

nica y con la cual nos santifica y nos consagra para la misión nos convertimos en anunciadores de la salvación a todo el mundo, porque con la fuerza del Espíritu anunciaremos, con la vida, en comunidad, «con otros» y en «Misión Compartida» la resurrección de Cristo y el «camino» que él ha trazado. Para Lucas el cristianismo es el «camino», es decir, el camino que el discípulo debe seguir detrás de Jesús y en plena disponibilidad a la acción del Espíritu en él, de modo que su testimonio sea generoso y pronto como aquel de María, fuerte y audaz como aquel de Juan, autorizado y vivificante como aquel de Jesús.

Sin el dinamismo y la presencia del Espíritu no es posible la evangelización. El evangelizador es el mensajero de la buena noticia del reinado de Dios. Su palabra es Palabra, un hecho revelado. El mensajero actúa bajo la unción del Espíritu que lo envía a proclamar. Esta figura se cumplió definitivamente en Jesús, el Mensajero del Reino de Dios, ungido por el Espíritu Santo en el Jordán, movido y acompañado por el Espíritu y la Palabra en el desierto, presente en el anuncio público que hace del mensaje en la ciudad, solidario e impredecible en la muerte y resurrección. La iglesia es preparada por el Señor resucitado para que reciba este don del Espíritu.

De este Espíritu hemos nacido todos nosotros, cristianos y cristianas,

testigos enviados hasta los confines del mundo. El lenguaje del Espíritu nos ayudará a adaptarnos a todos los pueblos y culturas, pondrá en nuestras bocas las palabras que debemos pronunciar en un lenguaje comprensible a todos los que se abran a su acción y también nos ayudará a trabajar en «Misión Compartida».